

Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Vivir en Nueva España. Orden y desorden en la vida cotidiana*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 2009, 408 p.

Qué importancia puede tener un libro que estudia el orden y el desorden que privaban en la vida cotidiana de la Nueva España, ya no digamos dentro del contexto de la conmemoración de sucesos tan importantes como los son la Independencia o la Revolución mexicanas, sino en cuanto a la definición de lo que somos los mexicanos en los albores del siglo XXI. La respuesta es mucha, porque, como nos dice Pilar Gonzalbo, no son ni las grandes gestas heroicas, ni las grandes personalidades, las que determinan la esencia de un pueblo, sino la forma en como vive, piensa y siente la gente común, lo que al final de cuentas muestra las creencias, las costumbres y las tradiciones de un pueblo, de manera que a partir de su estudio podemos entender mejor no sólo sus grandes acontecimientos históricos, sino también la idiosincrasia que lo caracteriza.

Comer, dormir, amar, llorar son expresiones de necesidades y afectos inherentes al género humano, y por lo tanto esencialmente permanentes e inmutables. Pero no se duerme, ni come, ni ama, ni se sufre del mismo modo en todos los lugares y tiempos, y en ese sentido los consideramos históricos, dependientes de concepciones culturales y de apreciaciones cambiantes; de manera que hasta los actos más insignificantes de la vida de un individuo, por más espontáneos que parezcan, siempre se dan dentro del marco de un orden preestablecido, aunque no inmutable, puesto que a través de las adaptaciones e infracciones de sus normas explícitas e implícitas, surgen nuevas costumbres.

Es por ello que a la autora le interesa analizar el orden y el desorden en la vida cotidiana de la Nueva España, pues a partir de esta perspectiva, se puede comprender mejor como evoluciona la identidad de un grupo social.

La llegada de los españoles trajo la imposición de un nuevo orden que estuvo presente en todos los espacios, que se derivó del minucioso cuerpo de leyes y preceptos religiosos que las autoridades de la metrópoli pretendieron imponer en estas tierras, y también de la necesidad de los recién llegados de reproducir el orden del mundo al que estaban acostumbrados, pero que al adaptarse a las circunstancias geográficas, económicas y sociales de la Nueva España, dio como resultado un

orden muy diferente del modelo peninsular; tanto que desde el principio se notaron divergencias en todos los planos, y desde las formas de gobierno hasta los usos en la alimentación y el vestido, se reconocía que los novohispanos tenían una organización propia.

Sin perder de vista el desarrollo de ese orden superior, del que hablan los libros de la religión cristiana y del derecho castellano, y que la autora conoce muy bien, en este estudio se refiere a la evolución de las normas informales y los prejuicios que regularon los actos cotidianos de la población novohispana. Dentro de ésta no se preocupa tanto por profundizar en las costumbres de la élite española, o en las de los indios que viven en sus comunidades, las cuales no se ignoran, pero son estudiadas como contrapeso para analizar particularmente cómo vive la creciente mayoría que forma los grupos intermedios que habitaban la ciudad de México en el siglo XVIII, ya que en su comportamiento cotidiano es donde mejor se notan las adaptaciones y las infracciones al orden colonial y se pueden explicar las causas que llevaron a su crisis.

Reconstruir la vida cotidiana de los pobladores de la Nueva España para encontrar las expresiones de aceptación o rebeldía frente a las normas establecidas y determinar cuáles son los elementos que los homogeneizan y diferencian, no resulta una empresa fácil, pues implica no sólo reconstruir la evolución de las rutinas diarias de los diferentes grupos sociales, sino además acercarse a la vida íntima de los individuos para descubrir cómo se veían a sí mismos, en qué creían, qué querían, sentían o les preocupaba, y además ver cómo establecían sus relaciones con los demás. Sin embargo, el profundo conocimiento que Pilar Gonzalbo tiene de nuestra historia colonial, y su gran experiencia como investigadora y maestra, la convierten en la persona más capacitada para llevarla a cabo.

Con un modelo explicativo mixto, dentro del que se articulan la historia de la vida cotidiana y la historia de las mentalidades, examina un gran cúmulo de información sacada de protocolos notariales, expedientes de pleitos civiles, criminales e inquisitoriales, relatos de viajeros, crónicas, ordenanzas gremiales, sermones, libros piadosos, registros parroquiales, reglamentos de colegios y conventos, y cuanto testimonio encontró que le diera noticia de la forma en que se desarrollaban todas esas actividades que realizamos los seres humanos, sin distinguos de época, ocupación o categoría social, dentro del marco específico de las convenciones culturales que se dan en el periodo colonial, con el fin de establecer los rasgos de comportamiento que fueron configurando la identidad del mexicano.

Después de un primer capítulo en el que se nos explican los problemas que plantea esta investigación, y se hace una definición preli-

minar de su objeto de estudio, de tal forma que se van delimitando los espacios y los tiempos de lo cotidiano y también un perfil de los protagonistas de esta historia, los siguientes dos capítulos tienen el propósito de acercarnos a la percepción que el hombre y la mujer novohispanos tenían de sí mismos. Con este fin, en el segundo capítulo se nos recuerda que durante esta época prevaleció el modelo tomista de la sociedad con su visión dualista y trascendente de los seres humanos, en la que el cuerpo y el alma se encontraban inevitablemente enfrentados, para después analizar cómo se definen e interactúan estos dos aspectos dentro de las prácticas y creencias cotidianas de la población. Así se tratan los temas de la moral, la belleza, la virtud, el pecado, la enfermedad y el sufrimiento físico y se demuestra por ejemplo, que aunque la moral cristiana sea una, sus normas se aplicaban de forma distinta en cada grupo y así se pedían diferentes virtudes a indios y a españoles; o que a pesar de la estratificación formal de la sociedad, la política de segregación racial y los cuadros de castas, en su trato cotidiano la gente casi siempre prestó poca atención al color de la piel.

En el tercer capítulo se nos explica como afectaba a los individuos el paso de la infancia a la juventud y de la edad adulta a la ancianidad, y para ello nos habla primero de la fuerte integración que existía entre el individuo y la sociedad, ya que del nacimiento a la muerte la vida de las personas estaba determinada por su pertenencia a diferentes comunidades, llámense familias, barrios, parroquias, gremios, colegios, cofradías, etcétera, de manera que cada grupo, de acuerdo con sus objetivos particulares, se encargaba de que sus miembros actuaran con apego a los patrones de comportamiento previstos para su edad, sexo y calidad. Pero después nos demuestra que pese a esta estrecha vigilancia y a que los modelos de conducta basados en la religión eran iguales para todos y estuvieron vigentes a lo largo de todo el periodo colonial, las diferencias derivadas del origen étnico, la condición social, el medio ambiente y las circunstancias históricas, llevaron a que existiera una gran flexibilidad en cuanto a su interpretación y aplicación.

Los siguientes tres capítulos se enfocan al análisis de las costumbres y los cambios en la mentalidad de los novohispanos a partir del estudio de la evolución que tuvo su cultura material; con este objetivo, el capítulo cuatro está dedicado a la reconstrucción de los espacios cotidianos públicos y privados, que la autora define por su aspecto material y también por el complejo de creencias, prejuicios y técnicas de sociabilidad que los construyen. El capítulo cinco nos introduce al interior de las casas para dejarnos ver como evoluciona el ajuar doméstico que además de hacer la vida más cómoda, marca la distancia entre los hogares de las distintas clases sociales. Así, a través del aná-

lisis de los ajuares personales, los muebles, los objetos de ornato y los símbolos de piedad existentes en los hogares de los diferentes grupos, nos aproxima a sus niveles de bienestar, su poder adquisitivo, sus cambios de mentalidad y la influencia de la moda. La ropa, por su parte, merece que se le dedique todo el capítulo seis, por el importante papel que se le daba como signo de distinción social, como lo demuestra la existencia de leyes que controlaban la vestimenta de españoles, indios y negros.

A lo largo de éstos capítulos se ve que a pesar de la variedad geográfica y cultural del país, el ámbito cotidiano del medio rural novohispano comparte muchos elementos, entre los que se destacan la austeridad de la cultura material y el apego a las tradiciones. Que en contraste con el ámbito de la gran ciudad de México, donde conviven grupos con idiosincrasias y costumbres distintas, existen grandes diferencias entre las viviendas de ricos y pobres; que el hacinamiento en el que vive la mayoría de sus habitantes, provoca que la gente no tengan intimidad en sus hogares y que buena parte de sus actividades cotidianas se vuelquen hacia el exterior, por lo que se come, trabaja, discute y festeja en la calle y la ciudad, a través de sus mercados, plazas, portales, paseos y fiestas ofrece los ambientes propicios para la convivencia y el esparcimiento de todos los grupos sociales, lo que refuerza aún más los lazos de convivencia entre el individuo y la comunidad. Es también en los hogares de la ciudad donde mejor se aprecia no sólo el mestizaje cultural, sino la asimilación de nuevas modas y costumbres, lo cual se refleja en la composición de los ajuares domésticos, y en las formas de vestir y alimentarse de sus habitantes. Ejemplo de ello serían las transformaciones que gradualmente se van dando en el vestido o en las camas que utiliza la gente acomodada, en donde la ostentación cede en favor de lo cómodo y lo práctico, lo que significa un cambio en el concepto de bienestar y una mentalidad más moderna.

Dentro del séptimo capítulo se estudian las relaciones de convivencia que se dan entre los grupos sociales, en la familia, en la pareja y en el trabajo y se trata además el tema de la infracción de las normas y la violencia dentro de la convivencia urbana y la función que cumplen las fiestas religiosas y civiles. Y finalmente, en el capítulo ocho, subraya la importancia que durante esta época tuvo la religión cristiana que justificaba el orden establecido, gobernaba la conciencia y el actuar del individuo; así, sus sacramentos regulaban el curso de su vida, sus devociones lo identificaban y lo unían con la comunidad, y desde las recetas de cocina hasta la curación de las enfermedades, pasando por el lenguaje coloquial y los nombres de personas y lugares, estaban influenciados por sus creencias.

Como resulta muy difícil que en esta reseña resuma yo la gran riqueza de la información y la variedad de temas, consideraciones y contrastes que comprende todo el libro, y particularmente en éstos últimos capítulos, me contentaré con decir que a lo largo de sus páginas se demuestra, entre otras cosas, que si bien a la llegada de los españoles se intentó imponer un orden basado en el modelo tomista de la sociedad, dentro del que se circunscribe a las personas en un orden social jerárquico estamental, injusto y desigual que pretende legitimar los poderes de la iglesia y del estado, la existencia de ricos y pobres, y también la autoridad del clérigo sobre el laico, del noble sobre el plebeyo, del amo sobre el esclavo y la del marido sobre la esposa. Para mantener este orden se crearon detalladas normas de convivencia que regulaban no sólo el comportamiento de los individuos, sino hasta la vivienda o la ropa que debían utilizar. Al reconstruir las prácticas cotidianas y las costumbres del pasado, se pone de manifiesto que el orden que operó en la Nueva España fue en realidad muy flexible en cuanto a la interpretación y aplicación de las normas y modelos que se le impusieron, y si bien las jerarquías influyeron en las relaciones sociales, también había mucha tolerancia y así por ejemplo, a pesar de que formalmente se diferenciara a los españoles de las castas, las barreras entre unos y otros no eran infranqueables, ya que en el trato cotidiano era más importante la situación económica y el reconocimiento social de la persona, que su origen racial; o que a pesar de los modelos de comportamiento previstos, fuera posible que las mujeres que no se casaban o ingresaban al convento, encontraran otras alternativas de vida. Que fue justamente esta peculiaridad de flexibilidad y tolerancia del orden colonial lo que explica en buena medida que durante 300 años la Nueva España se mantuviera en paz y prácticamente sin revueltas. Así, en el plano de la vida cotidiana siempre hubo formas de negociación y maneras sutiles de contravenir las normas de convivencia, lo que facilitó, que sin necesidad de confrontar abiertamente al sistema, se pudieran introducir cambios e imponer patrones de conducta propios. No fue sino hasta el último tercio del siglo XVIII, cuando el pensamiento ilustrado ataca a las jerarquías y las costumbres tradicionales y la iglesia y sus doctrinas pierden terreno en aras de un orden más moderno y secular, que las quejas contra los abusos de poder fueron en aumento y que se comienza a preparar el terreno para la ruptura definitiva.

Para terminar diré que el libro logra articular una visión muy completa de la sociedad novohispana, que no sólo permite asomarnos al interior de los hogares de ricos y pobres para ver cómo viven y cómo cambian sus costumbres, sino al alma misma de la gente para descubrir sus motivaciones y sus preocupaciones más íntimas, y que con su lectura resulta imposible no reflexionar sobre nuestra propia vida cotidiana

y lo que hoy nos define como mexicanos, ya que a pesar del individualismo y del consumismo actual, aún podemos reconocer en nuestras casas y calles muchos gestos, actitudes y comportamientos que se generaron siglos atrás y que todavía hoy nos siguen distinguiendo de otros pueblos. También nos convence de que dentro del contexto de las actuales celebraciones, y de cara al futuro, los mexicanos más que tratar de poner distancia con nuestro pasado colonial, tenemos que revalorarlo.

Ivonne MIJARES RAMÍREZ  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Universidad Nacional Autónoma de México